

Antonio Llorente en mi recuerdo

MANUEL ALVAR

Real Academia Española

El 14 de abril de 1944 era un día desapacible en Salamanca. La estación, tras dieciocho horas de viaje, no podemos decir que tuviera aire agradable. Una lluvia meona hacía tiritar los huesos desajustados. Para mí iba a empezar una nueva vida y en mis recuerdos bien pude marcar con piedra blanca tan tristonos comienzos. Pero es que así son las cosas y sólo había empezado. Tomás Buesa me introdujo en las galerías del nuevo laberinto y, como hombre cabal, pensó que debíamos ir a la primera sesión del Olimpia. Fuimos pronto y encabezábamos la cola ante las taquillas. Se nos acercó, rechoncho y risueño, un alférez de infantería: ¿Me queréis sacar una entrada? Y así, sin presentación ni otros aspavientos, iba a empezar una de esas dos o tres veredas que marcarían mi vida. Sabes, es Antonio Llorente, el de gramática general. ¡Ah, bueno! No sé cuándo volvimos a vernos. En el cine no creo, pues yo tenía una sana costumbre que cincuenta y cuatro años después aún me dura. La película era *Sangre vienesa*; según me dijo Buesa, salían unas mozas muy aparentes, pero yo no pasé del No-Do: me dormí, como un tronco. Hace un par de años fui a ver *El perro del hortelano*. Como no hubo No-Do, me quedé dormido antes de empezar. Pasó aquel curso y Llorente se doctoró. Yo trabajaba, como él, con don Manuel García Blanco. De vez en cuando Antonio venía a protegerme: me prestaba su tesis y me dio una reseña, muy larga, del libro de Ilmari Lahti sobre *La metátesis de L'R en los idiomas románicos* (1935). Se publicó después en el tomo de 1945 de la *Revista de Filología Española*. Ahora repaso esos volúmenes y veo que la reseña llegó con diez años de retraso. Son cosas de este país, y como a los mozos de entonces no nos dejaban achuchar, ni teníamos promesas por delante, pues eso, aguantar y callar.

Nos tocó el servicio militar. Antonio tenía dos años más que yo y los fieles servidores de la patria se lo llevaron antes. Se marchó con el regimiento de Salamanca. A mí me tocó después, con el de Zamora. Pero en aquella ruleta caímos cerca: él en Burguete y yo en Garralda. Como me sacó ventaja me instruyó en saberes de mucha cuenta: me explicó cosas que ya he olvidado, pero que me sirvieron de mucho, que si la comida de los oficiales, que si las cuentas, que si cuidado con los curas navarros. Me desempeñé como pude y llegué al Pirineo. Yo bastante tenía con escribe que te escribe, pero él ya podía mirar a las mozuelas, pues la tesis no se resentía. Aquella moza de la fonda debía tener mucho tilín, pero no entendía de graduaciones: salía con un cabo de los camiones y el muy rufián procuraba decir con no poco cachondeo: «A sus órdenes, mi alférez».

Un día llegó la licencia y Antonio me llamó: en un percherón amplio y solemne me vino a ver. Yo quedaba Dios sabe por cuánto tiempo. Le confié mi tesis ya terminada para que don Manuel García Blanco la corrigiera. Yo quedaba en tierra mientras la grupa corpulenta se balanceaba como si fuera una barcarola, y mi tesis empezaba su primera singladura. Lo que son las cosas, cincuenta años después, reimprimieron el libro y no me produjo ninguna emoción verlo tan desasistido como yo se lo di a Llorente.

En Salamanca de nuevo nos tratamos más. Pero él iba al Casino, alternaba con gente importante y tenía una corbata como la selección nacional. Yo, siempre la misma calamidad, no sabía de esas cosas y me quedaba en el comedor del SEU o hablaba con un par de estudiantes de mi curso. Pero, por entonces (entonces era 1947), salió una plaza de adjunto y a ella fuimos los dos. Llorente tuvo gestos de gran señor, que de mucho le habrán valido a la hora de rendir cuentas. Luego, me fui a Granada y él seguiría mis pasos dos años más tarde.

Granada nos unió entrañablemente. Éramos «los de fuera» y Salamanca nos había configurado hasta límites insospechados, y que sólo mi mujer entiende bien. En el tribunal de oposiciones, Llorente supo lo que es la deslealtad. Me ofrecí en su ayuda, pero no aceptó. Con deslealtades y todo, sacó su cátedra. Teníamos el seminario conjunto, los mismos colaboradores, los alumnos fidelísimos. Pero Llorente era muy tímido y le daban miedo las mozuelas del mediodía: una de ellas, cuando el curso empezaba, comentó en su casa: ¡Ay! Mamá, el profesor de Gramática General es ciego. Tan joven y siempre habla mirando al techo. Granada era una ciudad levítica y, en esa

misma clase, las alumnas se sentaban en la primera fila y se cubrían, tan pudorosas, las rodillas con un jersey. Ingenuo de mí, no me atrevía con el techo y me arranqué en corto y en derecho: Señoritas, o se quitan el jersey o se sientan en la última fila. Aún dura el descaro. No las rodillas turgentes, pues ahora todo son turgencias. Sí, Antonio era tímido. Acababa las clases inesperadamente y huía a los servicios bedeleros. Lo malo fue el día que se olvidó la gabardina y no se atrevía a salir para recuperarla.

En aquellas aulas quedan más de veinte años de nuestras vidas. Trabajábamos en nuestro seminario. Al fin y al cabo, el ALEA nos unía con cadenas más que férreas. Cuatro o cinco horas cada tarde, hasta que Charo y Elena venían a buscarnos. Una tarde Leiva, el fidelísimo ordenanza, entró en la habitación: Don Antonio, que le esperan en su casa. Me quedé solo y esperé. Pero Antonio no vino. Al día siguiente: ¿Qué te pasó? Nada, que Antoñito, el niño enfermo, había muerto. Un nudo en la garganta y ni una palabra más. Otro día fue al Sagrario: iba a cristianar a un hijo. El sacristán le preguntó: ¿Qué bautizo quiere Vd.? ¿De quinientas pesetas que es el más barato, o de cinco mil que es el más caro? Con el de quinientas, ¿se me queda bautizado el niño? Sí, claro. Pues, mire, el de quinientas pesetas. Al pagar el arancel dejó cinco mil pesetas: El resto para los pobres. La respuesta era previsible: Qué raro es usted.

Porque los bautizos trajeron otras consideraciones metafísicas. Alfredo Floristán se había incorporado a nuestra Facultad. Alfredo era —y es, y que Dios nos lo guarde— fuerte como un haya de la Aézcoa. Alfredo tiene un habla rigurosa y sin melindres. Al acabar una de sus clases se nos acercó y nos dijo: No entiendo lo que me dicen; ahora no he sabido contestarles. Explicaba los sinclinales y un barbián me ha preguntado: Y si le ashusha el de la vera, ¿qué paza? No he sabido contestar. Es muy fácil: Y si le empuja el que está a su lado, ¿qué pasa? Ah, bueno. En Arguedas hablamos de otra manera. El fútbol se le daba mejor. En el equipo de profesores jugaba mismamente como si fuera de un equipo de tercera división. Cuando despejaba, el balón crujía asustado. Alfredo, con su cara rígida y escueta —¿no era otro gran tipo?—, resultaba implacable a los delanteros contrarios. Pero si salvábamos los partidos era por Claude Gaillard, el lector de francés que se ponía como medio campista. Gaillard era jugador de rugby y aplicaba sus sanos principios a nuestros alumnos que —oh, tiempos felices— nunca se quejaban. En la delantera, el puntero era Gregorio Salvador, que no podía quitarse los lentes.

Desde la banda, Anita, su mujer, le gritaba: Gregorio, las gafas, que aún no hemos cobrado. Cuando faltaron puntales de tanta monta yo abandoné el fútbol, mientras recordaba unas glorias que no volverían a reverdecer. Pero esto tiene poco que ver con la estadística. Antonio, Alfredo y yo teníamos un niño cada año. Íbamos al juzgado una vez como padres y dos como testigos. Aquel año le tocó a Alfredo. El covachuelista de turno tenía siempre aire de cabreo. Nombre: Alfredo. Primer apellido: Floristán. ¿Floriqué? Floristán. ¡Jo, qué apellido! Segundo apellido: Imizcoz. La pluma, el lápiz o lo que fuera, se clavó en la tarima del suelo. Tendremos que cambiar los apellidos para que no se produzcan bajas en el honorable cuerpo de los escribanos. Esta vez le tocó a Llorente. Sí, lo habitual: José Manuel Llorente Pinto. Y la blasfemia de aquel celador: No te joroba, si me he dejado una hoja en blanco. Y Llorente lo tranquilizó: No se preocupe, al año que viene se la rellenaré. Y cumplió.

Sí, los críos son muy repajoleros y guardaban el orden familiar. Por la parte posterior de la casa de Llorente había una taberna. Allí íbamos, con cónyuges y todo, a tomarnos un vino de la costa. *La Sabanilla* era un sitio bastante sórdido donde Llorente había establecido su Romanisches Seminar. Allí los alumnos, los colegas extranjeros, las reuniones de alto copete. Pero llamó alguien de fuera y el repelente niño agarró el teléfono: ¿El profesor Llorente? No, mire, está con el profesor Alvar emborrachándose en La Sabanilla. Invitó al colega Vinja a una reunión de alto copete en nuestro seminario, con el Meyer-Lübke, y el Rohlf, y el Wartburg, y el Jaberg para que viera que aquí manejábamos esos librotos tan grandes y tan aburridos. Era verdad: Llorente y yo tradujimos el Jaberg, yo el Rohlf. Y aún perdimos, después de hecha y todo, la versión de *Die Sprachgeographie*, de Gamillscheg. Para que vieran los yugoslavos cómo nos las gastábamos por aquellos mediodías. Pero no quiero hablar de cosas solemnes que iban quedando entre hojas de lechuga, cañamones salpicados y perdices enjauladas. Así trabajábamos y el que hiciera más que nosotros que dé un paso adelante. Llorente también investigaba por su cuenta. Sólo quiero decir que escribió los «*Principios de Gramática General*» de Hjelmlev y la *lingüística*. En la primera página puso, para que Vds. vean: A Manuel Alvar, sin cuyo estímulo no hubiera aparecido nunca este libro. Pero de esto hace cuarenta y cinco años y las ganas de trabajar no aflojaron. Nos metimos en el ALEA. ¡Sólo Dios sabe lo que pasamos! Carreteras, pueblos, gentes, todo parecía estar contra nosotros, pero el ALEA fue haciéndose, y se hizo

(Gregorio Salvador nos había dejado solos y nosotros ternes que ternes). Todo eran dificultades: un día, en Huéscar (Granada) se hizo traer unos pantalones para que cupiera su abdomen. Las perneras resultaron larguísimas y Charo en Vélez-Rubio (Almería) se las cortó tras una noche de denodado trabajar, pues Charo es muy diligente y Antonio salió vestido de primera comunión, pero de corto. ¿Crees que no me tirarán piedras? ¡Qué va! Aquí son muy piadosos y te vendrán a pedir estampicas. Pues, bueno, así me iré. Las encuestas salieron como el pan bendito. Debió ser por el corte de piernas. Así íbamos por los pueblos. A veces, como éramos muy finos, invitábamos a comer a las fuerzas vivas. Tal en Santisteban del Puerto. Antonio jugaba con la alianza, que acababa siempre en el suelo, y era muy edificante vernos al alcalde, a los munícipes y a los dialectólogos, todos a cuatro patas —be, be, be— buscando el anillo perdido. No cuento las cosas que nos pasaron con Gregorio porque él tiene más gracia y las contará tan mejor que yo que parecerán de mentira.

El *Atlas* seguía y seguía. Nos quedamos Antonio y yo solos para redactar cuadernos de formas, corregir miles de láminas y soportar todo lo que tuvimos que soportar. Pero las cosas iban saliendo y nosotros, tras veinte años, vimos llegar el trabajo a buen fin. Pero éramos tan jóvenes que aún lo animé a venirse a tierras de Aragón (que eran mías), de Navarra (en las que hicimos un año de milicia) y de La Rioja (donde no nos pasaron cosas que deban ser registradas). Trabajábamos con entusiasmo. Mucho entusiasmo y la alegría de ver tantas cosas, de aprender tantas otras y de prepararnos para otros menesteres. Pero en todo esto la etnografía también tiene su participación. El decano de nuestra Facultad de Salamanca era don José María Ramos y Loscertales, el profesor más sabio y sutil que he tenido. Don José María tenía un fondo insobornable de buen humor hasta que se le cruzó algún imbécil de los que ya abundaban. Un día don José María me habló de los tres Aragones: el alto, escueto de palabras; el medio, un tanto borrico; y el bajo, más bien tirando a jauto. Un pastor del Pirineo tuvo un pleito y fue a zanjar los honorarios. El abogado, tanto. El pastor, caro. No, mire, cada pliego, tanto. No, caro. Según el arancel a tanto el pliego son tantas pesetas. No, mire, eso es para que no me cobre más, pero no menos. Un día de tronada, un campesino estaba más bien humedecido y se acordó de la Patrona: ¡Santa Pantaria, ayúdame que soy de La Almunia! La santa bajó, tendió su manto y pasó a la otra orilla al barbián, al volquete y a las acémilas. En la vereda opuesta, un saludo de cumplido: Fastídate, maña, que

no soy de La Almunia, que soy de Ricla. Y, por último, aquel matrimonio, viejecito ya, que se calentaba en el calderín. Tan, tan. Mañana, llaman a la puerta. Eso paice. Si será Genaro el de la Nicasia. Tan, tan. Como va a ser el Genaro de la Nicasia si lo enterramos pa las carnestolendas. Pues eso, miá que si fuera.

Por la provincia de Teruel nos pasaron cosas dignas de historia. Yo trabajaba en Santa Cruz de Moya. Llorente acabó antes que yo en otro pueblo y vino a buscarme. Oye, dónde están los servicios. Ahí, junto al fogón. Antonio salió con unos pantalones gloriosamente humedecidos a mitad de la pierna. Pero, Antonio. ¡To!, quién iba a pensar que en este pueblo tenían tapadera en el retrete. Es verdad, lo meditaremos para la vez próxima. En el café del Torico, en la plaza mayor de Teruel, tuvimos otro envite. Antonio llevaba cuidadosísimamente escondido un rollo de papel. A escudriñajas lo sacó para que mi hermano lo utilizara, pero ya ven Vds., la rigurosa ocultación, el papel que asoma sólo una punta y la mucha gente elegante que pululaba por el antro, hicieron que la vergüenza se apropiara de los dialectólogos. Dieron un tirón y un reguero blanquísimo de papel fue dejando su huella en un suelo digno de marchas nupciales y de tafetanes de novia. Recogimos el papel, que nunca fue un rollo de buenas maneras.

Por la tarde salíamos para el Maestrazgo y hacía un sol de justicia. Antonio nos dejó en el autobús a mi mujer y a mí. Iba cargado de cartera con cuestionarios, papeles y grabadora. También llevaba carretes fotográficos y cintas magnetofónicas y, como complemento para aquel sol despiadado que caía y que nos hacía sudar más que a forzados de Dragut, Llorente se amparaba en una gabardina vieja. Antonio, ¿y esa gabardina? To, ¿no ves que está muy vieja? Si la dejas en casa, Charo la tirará y yo le tengo mucho cariño. Era la razón del dialectólogo cubierto de un sobretodo por tierras turolenses cuando iba a recoger palabras para un Atlas lingüístico.

Así pasaron muchos días. Cada uno a nuestro andar, pero con la tristeza de haber dejado al otro. Trabajábamos sin descanso y queríamos ofrecer briznillas de cariño a gentes a las que les había tocado sufrir mucho. Pero las encuestas debían hacerse, rellenábamos cuestionarios, cientos de cuestionarios. Las fotografías se contaban a millares y las cintas se estrujaban en nuestras maletas. Ordenábamos cuestionarios y fotografías, y cintas magnetofónicas y soledades sin límites para llevar una cosecha repleta a nuestros cuadernos. ¿Ustedes no descansan nunca? No, verás, no, porque el mal ángel de los impuestos nos puede

poner una multa si nosotros nos cansamos. Hicimos lo que pudimos y quisimos hacerlo bien. Luego vinieron pueblos ásperos y gentes sin humor, que, a veces, sentían ternura por aquellos bichejos tan extraños, que buscaban palabras fartas que nadie repite. Nos fuimos con la música de siempre, sonaba el chasquido de la rueda de la noria y pensábamos en los niños que un día se ahogaron en la azuda u otro que desorbitaban sus ojos cuando sentían el ron, ron, ron del paso del ingenio.

Así transcribimos cientos, miles, millones de palabras. Detrás de cada una se escondía una pequeña emoción, a veces un sufrimiento y las más un gozo íntimo. Pero los materiales se allegaban, redactábamos los mapas y pensamos que algún día podríamos acabar. Para entonces seríamos felices. No acertábamos a comprender que la felicidad eran los calores, los fríos, el mal comer y el peor dormir, las gentes desamparadas y los pueblos inhóspitos. Un día pusimos punto final a todo esto. Otro día dijimos: Se acabó. Primero, yo me marché a Madrid; después, Antonio a Salamanca. Ya no nos veíamos todos los días, pero nos mantenía juntos la llamita de tantos años viviendo las mismas ilusiones. Nos hablábamos por teléfono. Antonio no estaba bien, pero yo no me lo creía. Aquel chaparro de una dehesa charra tenía mucha cuerda. Se me quejaba. Tres veces me contaba sus cuitas. Tres veces, como las andanadas de los acorazados. Este verano quería ir a verlo, pero fueron mis remos quienes no me dejaron. Para el otoño, a ver si he mejorado. Pero un día fatal, Isabelita Molina nos llamó desde Granada. ¿Saben que don Antonio ha muerto? Aún no lo creo. Llorente no caminará con paso de carga a mi vera, ni guardará largos silencios, ni rumiará soledades. Llamamos a Charo, ¿pero cómo no nos lo has dicho? Sabía que te iba a afectar mucho. Pero, ¿y ahora? Era un día caliginoso del mes de agosto. Estaban en Sagos y Antonio pretextó salir a recoger unas flores cuando el sol era más implacable. No volvía. Fueron a buscarlo y yacía muerto sobre un bancal de la tierra charra a la que tanto quería. No creo esta versión. No me imagino a Llorente buscando flores a la hora del almuerzo. Se debió sentir agobiado y salió a respirar aire libre, entre sus encinas, el mugido de los bueyes blancos y el azul implacable. Ya ves, Antonio, cuán poco te conocían. Sé que fuiste a tu cielo. Dijiste a San Pedro: ¿En alguno de estos jardines no tendrá Vd. un banco vacío? Para dos personas. Yo no puedo andar y me estaré quietecito. ¿Sabe, San Pedro? Esperaré a que pase por aquí mi amigo Manolo Alvar, pues tenemos muchas conversaciones que continuar y ahora está solo. Yo estorbaré muy poco.